

que vemos medrar y acrisolarse de siglo en siglo, de año en año, de escritor á escritor, de libro á libro, cundiendo por do quier, invadiendo sordamente los parages mas recónditos, hasta la antecámara del mas antirevolucionario de los reyes, Luis XIV. Este pensamiento era la revision minuciosa de todas las instituciones de la edad media, y la reconstruccion del espíritu humano bajo un plan nuevo y racional. Eclesiástica bajo la edad media, la razon general pugnaba por despojar los listones en que la envolviera el sacerdocio, y todos los esfuerzos de la época tendian vigorosamente á realizar, segun la palabra consagrada por los juristas, la *gran secularizacion del espíritu humano*.

Deseosa de operar en la inteligencia humana de preferencia á las instituciones civiles de la Francia, su benéfica influencia debia extenderse no solo en el Francés sino en todo el hombre que respira el aire.

Así errado andaria quien las causas de la revolucion buscasse en tal ó tal abuso, en tal ó tal vicio de constitucion, de administracion, de reparticion del impuesto, de lujo de corte, de rivalidad mezquina entre el clero y la nobleza, de resistencia parlamentaria á las exigencias de la corona, del clamoreo de la plebe fácil de aplacar mediante algunas reformas administrativas ó satisfacciones ligeras á la vanidad de los tribunos populares, prontos, como los niños, á romper sus juguetes para reclamar otros nuevos.

No admite duda que, para cointeresar á este movimiento intestino tanto al pueblo como á las clases superiores á éste, era necesario que el tiempo y los vicios del gobierno se prestasen á esta necesidad de reformas meramente económicas, ocasion y no causa de la explosion revolucionaria, pues los intereses materiales forman el sueldo de esas masas que segun la expresion de Mirabeau, trocarian con gusto su libertad por un pedazo de pan.

Seguramente era necesario que el fanatismo de algun beneficio inmediato material y palpable inflamase con egoista entusiasmo cada una de las clases, sin exceptuar las privilegiadas, que se aprestaban á labrar su propia ruina al creer conspirar por su propia ventaja; era necesario que el clérigo inferior se levantase contra la tiranía de sus pontífices; que la nobleza militar de las provincias se indignase contra los favoritos de la corte; que estos últimos envidiasen á los válidos pujantes cubiertos por la privanza del monarca; que el parlamento se constituyese en cuerpo representativo soberano, rival de la regia prerogativa; que la clase media protestase contra las miras ambiciosas de los parlamentos; y por último que la plebe vocinglera enarbolase el estandarte contra la altivez y usurpacion de medrados advenedizos y ricachos lugareños, pues en la masa y concurso de todas estas mezquinas satisfacciones materiales, debia reclutarse esa gran fuerza motriz capaz de desarraigar el vetusto pendon de la edad media, y enarbolar el de una nueva

era de inteligencia y justicia. Hombres eran los instrumentos, y por consiguiente tenían derecho de contar con un salario; pero la revolución no era cuerpo, sino idea; no interés, sino abnegación; justicia moral, y no legalidad civil. Aun cuando mediante parciales reformas, hubiese sido posible acallar tantas reclamaciones, en vano se hubieran engreído los ánimos deseosos de conjurar la explosión del volcán revolucionario, cuyos materiales había ingerido y hacinado durante siglos enteros la literatura y filosofía francesa. Una causa más santa que la de la Francia enardecía los ánimos y arremolinaba las inteligencias. El cráter del volcán se abrió llameante en Francia, pero la luz se reverberaba sobre la Europa entera, y la lava se precipitaba candente en todo el universo.

XV

Si, como á menudo se ha dicho, un interés meramente personal hubiese sido la causa de la revolución, ¿á que debe atribuirse ese interés apasionado y por decirlo así personal que, desde sus primeros tiempos, inspiraba á la Europa entera hasta Constantinopla y hasta las Indias orientales? Poco nos importaría en el día que la Rusia modificase las condiciones civiles entre su nobleza, clase media y siervos; que la Inglaterra estrechase ó aflojase sus vínculos civiles con la Irlanda, las Indias y sus

colonias; que el Austria modificase sus relaciones interiores con los Estados federativos de Hungría y Bohemia; que la Suiza ó los Estados-Unidos introdujesen más ó menos aristocracia helvética ó democracia americana en sus repúblicas. ¿Qué podía importar á la Europa que la corte, el clero, los parlamentos, la nobleza, ó el pueblo se concediesen en Francia tal ó tal igualdad ó tal ó tal superioridad recíproca, que ninguna mella podía hacer en los intereses personales ó materiales de los diferentes Estados del continente? Seguramente las ventajas ó desventajas procedentes de semejantes permutaciones, no hubieran traspasado las fronteras de la Francia. En efecto los intereses quedan circunscritos, mientras que las ideas pasan al vuelo los ríos y las montañas. El espíritu de la revolución francesa se había difundido por nuestros libros antes de que esta misma revolución sospechase el tesoro de ideas renovadoras que abrigaba en su seno desde época remota. Y en prueba de la inmaterialidad de esta crisis histórica, baste recordar que, desde el día en que la revolución dió su primera señal de vida en Francia, cesó de ser francesa para ser europea y universal, y el pensamiento del orbe entero se hallaba concentrado en París, pensamiento que, lleno de interés, de vehemencia y zozobra, seguía las peripecias del drama revolucionario. Fox, Burke y hasta el mismo Pitt en Inglaterra; Klopstock, Schiller, Goëthe en Alemania; Monti y Alfieri en Italia, en sus discursos, poemas é himnos, saludan á la revolución

como la aurora no de un día francés, sino de un día nuevo y universal, que debía inundar de luz al mundo y disipar las tinieblas acumuladas desde siglos de barbarie en el espíritu humano. ¿Acaso hubieran podido conseguir algunas miserables reformas de abusos fiscales ó administrativos en Francia, avasallar, sobre sus tribunas ó tripodes, y embriagar con ese entusiasmo verdaderamente europeo y fatidico, á tan egregios escritores, oradores, filósofos, poetas, en nada partícipes á nuestros miserables debates de corte, nobleza, clero, parlamento, clase-media y pueblo? No, pero á todos arrebató el rauda torbellino producido por la esperanza de una nueva era, cuyos primeros albores teñían de repente el horizonte francés.

Por otra parte, nos repugna el sistema de atribuir grandes efectos á pequeñas causas, error grosero á menos que se repúte juego de imaginación. Cuando, al llegar el equinoxio de otoño, vemos las hinchadas olas de una marea iracunda asediar mugidora las acantiladas rocas y extravasarse espumosa al través los diques del Océano, podemos estar seguros de que no fué la mano de un niño la que hizo rodar tal guijarro mas allá del Atlántico en el ámbito dilatado de los mares, sino el impulso del viento ó la influencia de un astro vecino gravitante sobre el elemento cuyas convulsiones vemos sin comprenderlas.

La mejor prueba de que la revolución era la explosión de una idea y no una reforma administrativa, fiscal ó política, es que ni aun siquiera pensó

en sus primeros tiempos en repudiar la forma monárquica ni la dinastía que á la sazón regia á la Francia, pues, indiferente á todo rodage político, reputaba precioso el sistema vigente, con tal que no perjudicase á su mecanismo interior sonar las horas de la renovacion en las ideas por la libertad de la inteligencia.

XVI

De cualquier modo que se juzgue, esta revolucion en cuya mira habia labrado la Francia su idioma tan claro y enérgico, y en cuyo beneficio habia aguzado su polémica y oratoria, se concentró de repente con todas sus ideas y nobles pasiones en la Asamblea constituyente, la mas literaria de cuantas corporaciones han existido, verdadero concilio ecuménico de la razon humana en aquel entonces.

El clero en sus púlpitos, la nobleza en sus estados provinciales, el parlamento en sus sesiones, la clase media en sus bufetes, la literatura en sus academias habian amañado de antemano los ánimos mas selectos, y todos estos varones esclarecidos se eligieron por aclamacion, pues dignos eran los hombres de la causa y la causa de los hombres.

Desde aquel momento cesó toda literatura y se volvió filosofía, legislacion y política, callando la Europa entera para escuchar á los representantes de un siglo nuevo á quienes inesperados acontecimientos

inspiraban una elocuencia que debía resonar no solamente en beneficio de la Francia sino del espíritu humano.

El genio literario y oratorio de la Francia respondió á la esperanza del mundo, y la Asamblea constituyente mostróse fulgurante como el Sinaí de los pueblos, cuya voz fué Mirabeau y el universo entero el auditorio. Nuestra lengua resonó en todos los oídos, y nuestros principios de boca en boca. Cada verdad proclamada ó decretada llegaba á ser un pedazo de nuestra lengua. En francés fué escrito el decálogo de la razón humana, el código de la libertad, y nuestra lengua llegó á ser monumental al mismo tiempo que el vehículo de la elocuencia, legislación y filosofía en todos los pueblos, llegando á adquirir en los discursos de la Asamblea constituyente una elevación, solemnidad, autoridad y acento que excede á todas cuantas discusiones antiguas conocemos de Atenas y Roma. En efecto, Demóstenes y Cicerón hablaban solamente en lo concerniente á su propia causa, tratando de negocios peculiares á la nación á que pertenecían, mientras que nuestra voz tenía por objeto la humanidad entera, la razón general, la causa de la inteligencia humana. No puede elevarse á mayor nivel la elocuencia de la razón, y así no es de extrañar que el orbe entero se trasformase en eco para oírla. Tal fué el punto culminante de nuestra literatura. El Verbo se había hecho pueblo, para servirnos de una expresión sagrada, y este pueblo era la Francia.

XVII

Después de tal explosión de razón y de genio, los ánimos decaen y se aploman, efecto que atestigua que la embriaguez de la inspiración es tan efímera en los pueblos como en los poetas. La Asamblea legislativa, de la cual se habían excluido espontáneamente los miembros de la Asamblea constituyente, bajó de cien codos el nivel de la literatura política, pues una nación no posee dos cabezas, y una vez decapitada, solo queda el tronco inerte y ensangrentado. La medianía, la envidia, la vana profusión de palabras, la emulación de popularidad en los favoritos del pueblo, reemplazaron la magestad grandiosa de los oradores políticos y de los filósofos. La literatura se apagó en el polvo al impulso del viento de las facciones más mezquinas, y la Francia cuyas ideas, corazón y lengua cundían é irradiaban recientemente en el orbe entero, se vió apocada en términos de no ser más que la sombra de sí misma.

Tal sucede siempre con toda corporación política que sigue á una asamblea inicial, parto primerizo de una gran revolución. ¿Porqué? Porque del entusiasmo precede la primera, y de la reacción combinada con el fastidio la segunda, pues en todo lo humano y sobretodo en las revoluciones, existe una parte de ilusión y otra de desengaños inevitables.

Las ilusiones generosas brotan llameantes en el ánimo del pueblo, inspirando y enardeciendo á los oradores que salen de su seno, al paso que elevan un instante á este mismo pueblo sobre sí mismo. Tal es la hora de la inspiracion que fecunda á la vez y sublima; hora en que la nacion supera á la naturaleza misma, en que desaparecen los obstáculos y solo se ve el fin, en que solo se proclaman principios verdaderos y divinos como las teorías; hora propicia en que no pisa el hombre la tierra, sino camina en las nubes. Tal es la bella destinacion de las asambleas constituyentes.

XVIII

Las asambleas legislativas son la expresion de esta parte de desengaño y desaliento que, en los pueblos volubles como el nuestro, forman la reaccion de las grandes emociones nacionales. El pueblo fogoso y enardecido, la nacion que todo lo atropellaba briosa, parece haberse disipado como por encanto, y el desfallecimiento ó la compresion colérica son los caracteres distintivos de estas segundas asambleas. Este doble efecto es fácil de comprender si se considera que las primeras proceden del entusiasmo, y las segundas del odio repulsivo que acarrea una revolucion triunfadora.

Tal vimos en 1791, tal hemos visto mas recién-

temente en 1849, y tal veremos en lo venidero. La Asamblea constituyente de 1848 no habia recibido del tiempo y de la Providencia esas grandes necesidades de iniciacion y promulgacion de principios que incumbieron á la gloriosa corporacion de 1789, si bien no iba en zaga á esta última por el valor, patriotismo, elevada razon, virtud pública, y aun á veces la elocuencia. El mayor elogio que le discernirá la historia es la de haber aventajado á todas nuestras asambleas nacionales por la probidad, honradez, imparcialidad y zelo nacional. Su mision fué salvar á la Francia constituyendo la democracia sin crimen, mision que ya habia cumplido á medias, cuando incurrió en el error generoso de retirarse antes de tiempo en presencia de nuevas elecciones.

La Asamblea legislativa de 1849, nombrada como ya hemos dicho en exageracion ú ojeriza de la democracia, fué igualmente la pérdida de la república. La falsa Montaña, volcan sin llama y sin lava, solo produjo un fragor sordo y subterráneo bajo un suelo que se obstinaba en no temblar; en otros términos simuló los gestos del terror sin poseer la cólera en el corazon ni la cuchilla en la mano. Este pseudo-terror de palabras, plagio pueril de la Convencion, á nadie intimidó, al paso que sirvió de pretexto á los enemigos de la democracia constituida que aparentaron tomar la sociedad bajo su egida, mostrando con el dedo á los falsos terroristas como los Espartanos mostraban á sus hijos los Hotas ébrios para inspirarles el horror y el asco de la embriaguez.

Tal es en efecto el instinto de orden y conservacion que á las sociedades domina, que hasta llevarlas á la orilla de la anarquía para hacerlas retroceder hasta el despotismo; y como un hombre en peligro de ahogarse seria capaz de asirse hasta de un hierro incandescente, así una sociedad amedrentada por la idea del saqueo ó del degüello, se agarra á la hoja del sable ó á la punta de las bayonetas.

Tres ó cuatro visionarios embriagados de utopias antisociales llevaron á su colmo el terror en los ánimos pusilánimes por sus amenazas contra la propiedad, en un país en que esta misma propiedad es la religion del suelo. Unos propusieron á los hombres el comunismo de los brutos; otros la multiplicacion del salario por la supresion del capital del cual todo salario procede; éstos la igualdad de ganancias entre los operarios activos y los operarios perezosos; aquellos en fin la aniquilacion de la moneda, invento casi divino de la civilizacion, lengua universal del comercio, proponiendo bajo el nombre de banco del pueblo, el regreso á la barbarie primitiva en que prevalecia el trueque recíproco de objetos naturales. Estos delirios muy individuales de algunos sectarios sin prosélitos fueron conceptuados partidos intimidantes, cuando no pasaban de juegos de imaginacion sin idea, puerilidades intelectuales é incontinencia escandalosa de la fantasia. La risa hubiera bastado para refutar tan sándias quimeras, pero á efecto del estremecimiento causado por el terror, todo se lo llevó la trampa, y por haber

dejado hablar con toda libertad á los locos, se acusó de locura á la democracia misma. Así pereció la segunda de nuestras asambleas legislativas; pero volvamos á la primera reemplazada por la Convencion y veamos su influencia en la literatura francesa.

XIX

La moda, la gracia de estilo, la afectacion de fuerza intelectual, la debilidad de conciencia, todo coopera para que muchas plumas contemporáneas excusen, inocenten, y aun hasta glorifiquen á la Convencion; muelle complacencia achacada á nosotros mismos á la aparicion de nuestra historia de los Girondinos, que anticipada y calumniosamente juzgaba M. de Chateaubriand diciendo « *va á dorar la guillotina.* » Pero me remito á cuantos han leído esta obra, á cuya conciencia apelo para refutar semejante impostura. ¿En qué páginas fué mas afeada y mas cubierta de infamia la menor vileza de conciencia y la mas reducida gota de sangre vertida? La saña frenética, sus numerosas tropelías en nada aprovecharon á tan tremenda corporacion, que perdió por largo tiempo á la republica asociando su nombre al terror. Tal es la verdad.

Las instituciones para volver á retoñar exigen una buena fama, y los revolucionarios de 93 desconceptuaron completamente la democracia man-